



I DOMINGO DE CUARESMA*

“Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Deuteronomio 26,1-2.4-10; Romanos 10,8-13; Lucas 4,1-13

Comenzamos un tiempo litúrgico nuevo: Cuaresma, en camino hacia la gran fiesta de la Pascua, que enlaza la muerte y resurrección de Jesucristo, acontecimiento central de la historia de la salvación y de nuestra fe. La liturgia propone un tiempo de conversión y de penitencia: domina el color morado en los ornamentos, se silencia el canto del Gloria en la misa, se suprime la aclamación del “aleluya”.

En los tres años del ciclo litúrgico se inicia la cuaresma leyendo el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto. Marcos simplemente anota “permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás” (Mc.1,13). Mateo y Lucas coinciden en presentar tres tentaciones, sólo cambiando el orden de las dos últimas. Los tres evangelistas sitúan este relato inmediatamente después del bautismo de Jesús, y antes de comenzar a contar su salida a predicar. Creo que se trata de un dato importante para la interpretación del sentido de las tentaciones.

En el relato del bautismo leíamos: “bajó sobre él el Espíritu Santo...y vino una voz del cielo: ‘Tú eres mi Hijo; yo hoy te he engendrado’” (Lc.3,22), que es una cita del salmo 2. Habría quedado clara la identidad y misión de Jesús. Se interrumpe el relato para introducir la genealogía de Jesús, que Lucas hace remontar hasta Adán. Y prosigue el texto: “Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por el Espíritu en el desierto”.

Antes de iniciar su predicación –y seguramente muchas veces durante ella–, debió preguntarse por el significado de lo que había escuchado: “Tú eres mi Hijo”. ¿Era una filiación como la de todo ser humano, criatura de Dios? o ¿implicaba una condición única de privilegio ante las necesidades, de éxito asegurado en lo que había de emprender y de poder para dominar e imponerse ante todas las naciones y pueblos?

* Ciclo C

Sus contemporáneos así lo entenderían, pero ¿sería así en el plan de Dios? Se imponía un tiempo de discernimiento y el desierto era un lugar apropiado. El pueblo de Israel, conducido por Moisés, pasó según la tradición bíblica cuarenta años en el desierto, aprendiendo con dificultad a confiar en el Señor, antes de llegar a la tierra prometida.

Jesús hace también un tiempo largo de desierto, en oración y discernimiento. El relato dramatiza las tentaciones que quizá muchas veces a lo largo de la vida se le plantearon. Después de cuarenta días de ayuno, muy naturalmente “sintió hambre”. “Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”, le sugiere el tentador. Pero Jesús encuentra que el milagro en su favor no es el camino. Al Hijo de Dios le corresponde más bien alimentarse y vivir de la Palabra de Dios. El “hambre de pan” es un desafío, pero para Jesús lo demandante es el hambre de la gente y de los pobres, no el suyo. A esa necesidad responderá explícitamente en las comidas compartidas que tradicionalmente designamos como “multiplicación de los panes”.

El tentador todavía insiste: “Si eres Hijo de Dios”, monta un espectáculo para llamar la atención y creerán en ti. En cierta ocasión, “otros, para tentarle, le pedían un signo del cielo” (Lc.11,16). No les bastaban los signos de Jesús, acogiendo y sanando a enfermos y sufrientes. Les parecían signos demasiado humanos, no del cielo. Jesús no veía sus acciones como “milagros” para demostrar su divinidad, sino como gestos de bondad que expresaban el amor misericordioso de Dios para con los pobres. Así Jesús fue descubriendo el sentido de su identidad de Hijo de Dios, viviendo como hermano y como servidor de la fraternidad en las hermanas y en los hermanos más insignificantes y necesitados.

La cuaresma, camino de preparación para la Pascua, es tiempo de conversión a Jesús, incorporándonos a su misión liberadora, con la sencillez y humildad con que él la vivió. En nuestra sociedad actual se impone y fascina el poder que domina sin importar el sufrimiento y las muertes que origina, Sería bueno darnos el tiempo para descubrir nuestras tentaciones, que nos impiden seguir a Jesús y servir la causa de los pobres. Una gran tentación que nos acecha es el desviar la mirada y la atención e ignorar su existencia, su clamor y sus derechos.

La lectura del Deuteronomio nos quiere situar en el corazón del Primer Testamento, en lo que se ha llamado el “pequeño credo histórico”. Al presentar en el altar las primicias de la cosecha, cuando hayan llegado a la tierra prometida, dirán: “mi padre era un arameo errante...” y proseguirán recordando su historia de esclavitud en Egipto, para proclamar el núcleo de su fe: “Yahvé escuchó nuestra voz... y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido”. Más que en conceptos sobre Dios se confiesa la fe en la actuación liberadora de Dios en nuestra propia historia. También los cristianos expresamos nuestra fe haciendo memoria de la vida, muerte y resurrección de Jesús. En ellas se nos ha revelado Dios como Salvador y Padre. Y esa fe la expresamos ciertamente en el credo, pero sobre todo en la vida, en el amor fraterno y liberador en nuestra propia historia.

Como segunda lectura se nos propone un texto de la Carta a los Romanos. Es interesante descubrir la equivalencia de dos afirmaciones: “Porque si confieras con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los

muertos, serás salvo”. La confesión con la boca traduce lo que se cree con el corazón: la acción de Dios resucitando a Jesús, alguien de nuestra historia.

Cuaresma se nos ofrece como un tiempo para reavivar nuestra fe, centrándola en la acción de Dios que, resucitándolo, confirma la historia de Jesús, su vivir para los demás hasta la muerte, como la vida humana del Hijo de Dios. Tratar de vivir como Jesús es seguirlo, como enseñaba a los discípulos, en la cercanía y acción liberadora a los pobres, enfermos y pecadores. Más que absteniéndose de algunos alimentos –así se entendía la cuaresma en tiempos atrás– se trataría de compartirlos con aquellos que durante todo el año carecen de ellos, es decir hacer justicia y ser solidarios.